



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9113

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

MARTES 15 DE MARZO DE 1892

COSAS DE MARINA.

Nuestros colegas de Madrid «El Herald» y «El Imparcial» se ocupan de la anómala situación en que se encuentran los *poquísimos alféreces de fragata* que prestan su servicio en las capitánías de los puertos de los distritos de sus respectivos mandos y entre otras cosas dicen que esos individuos á pesar de que desempeñan comisiones comprometidas, ni llevan divisas militares ni *estrellas* que acrediten lo que son.

En primer lugar esos *poquísimos* individuos son según el Estado general de la Armada de este año son 53, divididos en tres clases, á saber: Tenientes de navío, Alféreces de navío y Alféreces de fragata y además existen 84 pilotos particulares con graduación y sin ella que prestan servicio en las Comandancias y Distritos, sumando entre todos 137 que se hallan en iguales condiciones respecto á funciones, divisas, etcétera.

Pero además, esos empleos no son efectivos sino que solo los expresados individuos tienen el *grado*, y dándose el caso verdaderamente extraño de que mientras la ley de ascensos de la Armada de 30 de Julio de 1878 establece en su artículo 1.º que los empleos de oficial convierten en el de Alférez de navío equivalente hoy á primer teniente del Ejército, en el Ministerio de Marina se siguen otorgando *grados* de un empleo que no existe en el Cuerpo General ni en ningún otro de la Armada. Esto repetimos que es muy extraño, pero, como decía el P. Cobos, no lo parece tanto si se tiene en cuenta que mientras en el ejército han desaparecido los *grados*, la Marina los ha ratificado al reorganizar los Cuerpos de Contramaestres, Condestables y Practicantes y luego después el de Maquinistas, dando lugar á cuestiones y rozamientos de difícil solución, puesto

que hoy no existe ningún precepto que de un modo claro defina las consecuencias que concretamente se derivan de la posesión de aquellos *grados*, consecuencias en algunos casos por no decir siempre, absurdas, como el lector puede ver en el siguiente ejemplo. Un individuo de los Cuerpos de Contramaestres ó Condestables, puede ser graduado hasta de Capitán de navío ó sea Coronel y en las boca mangas de la levita llevaría los galones sin estrellas correspondientes á tal graduación, es decir, galones de coronel; pues bien, ese individuo abordo ó en faena del servicio debe sumisión y obediencia, y por tanto el saludo militar á un Alférez de Infantería. ¿Es esto lógico y razonable?

A este empleo de Alférez ó Subteniente equivalía en lo antiguo el de Alférez de fragata, pero como en la Armada hoy no existe, claro está que además de los inconvenientes apuntados, las graduaciones de dicho empleo no deberían concederse.

Y como son simples *grados* por eso no pueden usar de las *estrellas* que denotan la *efectividad* del empleo y respecto á los galones ó deben llevar los que en lo antiguo llevaban, en cuyo caso con seguridad muy pocos sabrán lo que son, ó se prescinde de su uso y todo es malo, ó bien por fin se colocan en las boca mangas el galoncillo solo en forma de zuncho y sin martillo según está dispuesto para esos graduados, y no sabemos ya si esto es peor, más de cualquiera de estos modos esas divisas nunca serían propiamente *militares*, aunque el servicio que los repetidos individuos prestan, sea militar y activo á pesar de que la *Escala* en que figuren se denomine con notoria propiedad *Escala de reserva*, pues esta denominación solo quiere indicar que los que á ella pertenecen están exentos de embarcar ó de servir á bordo de los buques de guerra.

La razón natural dicta que deba

suprimirse esa escala, y quizás otro día tratemos de ello, pero mientras exista debe darse á sus individuos todo el prestigio que necesitan para cumplir la misión que les está confiada y que dentro de su esfera de acción, esos Alféreces de fragata graduados contribuyen al mejor servicio de un modo directo.

Para evitar los inconvenientes de los *grados* y eso que sus consecuencias eran distintas, aunque siempre anómalas, se han suprimido en el Ejército, ¿no habría medio de que también desaparecieran de la Armada? Nosotros creemos que sí, pues ó los individuos tantas veces repetidos son *militares* ó no lo son; si lo primero deben ostentar las divisas que les acredite en el empleo que posean, divisas que han de estar en relación con las usuales de presente en la Marina y en el Ejército y si no son militares en su acepción mas lata es decir si son *paisanos* al servicio de la Armada y sometidos por tanto á la ordenanza y al goce de fuero, ó el principio de uniformidad exige así mismo el uso de divisas militares en esta ó en la otra forma ó debe desaparecer una clase que no puede ostentar en sus funciones la fuerza moral y el prestigio que el uniforme presta.

Por eso llamamos la atención del Sr. Ministro de Marina y unimos nuestro humilde ruego á las excitaciones de nuestros citados colegas de la corte, á fin de que se ponga mano en un asunto que bien lo merece y se haga cesar la situación anómala de los *oficiales graduados* de la Escala de reserva y también las de los que con esos *grados* prestan sus servicios en la escala activa de la Armada.

COLABORACIÓN INÉDITA.

PALIQUE

El libro del P. Blanco García, el famoso tomo 2.º, ó segunda parte de su «Literatura española en el siglo XIX, es

una verdadera mina de disparates. Yo llevo escritos más de diez ó doce artículos descubriendo gazapos, siempre nuevos, y cada vez que vuelvo al soto me encuentro con otra cría. No hace falta decretar la veda, porque la eterna abundancia es segura.

Ahí van unos cuantos desatinos que saco á relucir por primera vez.

Dice el P. Blanco (página 64) que Grillo es el «Castelar de la poesía.» Y á esto le llama una expresión *gráfica*. El *pater* no sabe ni lo que es *gráfico*, ni lo que es Grillo ni mucho menos lo que es Castelar. De modo que si el P. Blanco quisiera describirnos á Castelar de una manera *gráfica*, diría que era el «Grilo de la prosa.»

Hasta el mismo Grilo, que es una excelente persona y modesto á su manera, se echará á reír cuando lea tal desatino, que como disparate es muy *gráfico* efectivamente. Pinta al crítico.

Pero no solo se parece á Castelar Grilo si no también á..... óganlo ustedes: (página 63) «Tiene con Góngora tanta afinidad por sus condiciones poéticas como por haber nacido bajo el mismo cielo: como á Góngora le sobra talento y le falta corrección.»

¿Hase visto mayor desatino? ¡Góngora y Grilo!—Góngora es uno de los mejores poetas de su tiempo, y se perdió, después de producir muchísimo bueno, por exceso de imaginación y por exageraciones de escuela. La crítica de hoy, la buena, admira dentro y fuera de España al famoso poeta, que si en «Polifemo» y sus «Soldados» es oscuro, oscurísimo, no lo debe á la incorrección, si no á su prurito de novedad y al afán de huir de los que él llamaba «patos del agua chirle castellana.» Góngora sabía mucho, era un humanista, un gran escritor, un alma llena de eterna juventud poética, y esto explica que hoy adore en él un artista francés como el poeta católico y *decadente* (como se dice) Verlaine. El pobre Grilo, que tiene buen oído y sabe *tararear* poesía sin ideas, es decir *música recitada*, el pobre Grilo no es oscuro, á no ser cuando á fuerza de incorrección, de *nihilista*, no se sabe lo que quiere decir ó acaso no quiere decir nada. En las demás ocasiones es claro como el agua... chirle. Góngora influyó en su siglo por su genio: extraviado este le siguió al abismo culterano la poesía española; pero Grilo no da mal ejemplo, porque sus inocentes serenatas, son música sin palabras, no tienen eco, ni seducen á nadie,

como no sea á alguna poetisa de la «Moda Elegante.»—La única *afinidad*, como dice el padre Blanco entre Góngora y Grilo es la otra: «la *afinidad* de haber nacido bajo el mismo cielo.» Suponiendo que eso no se pueda llamar *afinidad*. Porque una cosa es ser *afines* y otra cosa es ser *paisanos*.

El padre Blanco habla una y otra vez de «*situetas*» y *situetas*, según la Academia, no es castellano.

«Los coloquios de Clemencia y Carmen (en los «Soldados de plomo» de Eguilas) no pueden calificarse de *pueriles tentativas* (el P. Blanco usa la palabra *pueril* muchas veces, sin fijarse en su significado) sin que quedara comprendidos en el anátoma los dramas de Schiller y las novelas de Fernán Caballero.

Fernán Caballero... allá él... ó ella: pero ¡Schiller! ¡Schiller y Eguilas! De modo que si Eguilas es tonto, si los «Soldados de plomo» son una simpleza, adiós «Guillermo Tell», adiós «Don Carlos», adiós «Wallenstein».

Es decir, Eguilas, un autor dramático español de quinto orden, será, según el mismo P. Blanco viene á reconocer, arrastra consigo en las *securitas* que le dirijan, al segundo poeta de la edad de oro de la literatura alemana, al primer dramaturgo *tantísimo*!

¡Y guardos que Valera alabase á un crítico que escribiera tales atrocidades!

El P. Blanco habla muchas veces de «*hacer política*» y esto es demasiado galicismo. Ni tanto libre cambio.

El padre Blanco tiene una idea muy graciosa de lo que son «*historias*» de la literatura. Cree que se puede copiar por vía de modelo, de dechado, cualquier cosa por insignificante que sea. Quería darnos á conocer el estilo de Eguilas y nos da tres páginas ó cuatro de una de sus escenas «de las menos mal escritas.»—Al P. Blanco debía encargarse una «Antología Poética» y ya sabía uno lo que tenía que leer.

En la página 298, examinando una novela de Fernán Caballero, dice el padre: «Clemencia aparece hasta este punto como un ángel vestido de blancas gasas» de

UN DRAMA EN NAPOLES.

197

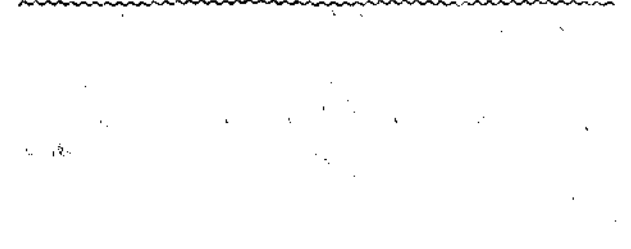
después de volver á sus hogares: secuestró á Mariuccia en un sitio retirado de sus habitaciones personales, y no permitió que saliera para nada de su retiro.

Valentina de Mangis por su parte, también se había separado del resto del mundo; la noticia del casamiento de su antiguo prometido, le había dado un golpe terrible, y á su vez deseaba partir para Sicilia; no ya para atender á las heridas de René, que estaban curadas desde hacía mucho tiempo, sino para buscar la calma y la soledad.

Domenico, sabía todo esto, y tenía ánimo de dar al teniente de asesores de Africa, una explicación que no dejaba de ser embarazosa.

Cuando los dos jóvenes se vieron el uno en presencia del otro, la conversación se empezó con frialdad. Della Porta sostuvo que se había encontrado sometido á un caso serio de fuerza mayor, y que el matrimonio debía ser nulo por derecho, encargándose él de hacerlo anular. Pero le preguntó cómo pensaba hacer para conseguirlo.

—Escribiré á Roma, respondió el banquero exaltado; he escrito ya á los teólogos más célebres, y dentro de poco conoceremos su opinión. No tengo la menor duda de que sentenciarán en mi favor. Pensad después de todo que mi voluntad ha sido forzada por una odiosa fuerza, y que esta unión ha sido únicamente por la amenaza de las escopetas. He dado mi consentimiento para este matrimonio? Evidentemente no; mis labios



XIX

«Muerta la víbora, se acabó el veneno.» dice un refrán. Después de la ejecución de Fra Giacomo, el oficial plantonés no se opuso ya á que Mariuccia quedase en libertad.

Para la policía napolitana, la banda de ladrones no era ya de temer una vez muerto su jefe, y la campaña hábilmente dirigida, se terminó con gran gloria para la administración.

Ocho días después de los acontecimientos que acabamos de referir, Della Porta vuelto á Nápoles en compañía de la mujer que no «había escogido», pedía á René de Mangis una entrevista, que éste le concedió inmediatamente. El punto de la cita, era el «Largo di Palazzo» frente á la iglesia de San Francisco de Paula; Della Porta, cuyas aventuras hacían gran ruido en la ciudad, no se había atrevido á mostrarse en público

UN DRAMA EN NAPOLES.

193

—Vaya una residencia desagradable! Esperó señor Della Porta, que no me dejara dormir en esta sepultura, que carece de nobles. Me debéis trescientos mil francos, y por eso pido más respeto para mis familiares á los amigos.

Las palabras del bandido eran incomprensibles para los asistentes, pero Della Porta al oír á su estado expresarse así, se ruborizó como una educada española del convento. Creyó que todo el mundo admiraba el secreto que pesaba sobre su alma.

—Ya se ha hablado bastante, dijo el oficial italiano, haciendo una señal al pelotón de granaderos, que se preparó á disparar.

El bandido estaba agritado por un terrible resaca, que se emborrachaba por distancias. Arrojado al suelo de la higuera, estrujaba con una mano una rama que había caído del árbol; con la otra se amarraba la barba, aquella barba negra, que le daba la apariencia de un excelsuado.

El oficial italiano levantó su tapete. Era la señal de fuego; la descarga siguió, y dio á despertar los ecos dormidos en las cavernas de la montaña.

Fra Giacomo quedó en la posición de un hombre herido por el rayo. Poco á poco los miembros de su cuerpo se aflojaron, y cayó pesadamente al suelo. Se parecía á un mármol, cuyos resortes se hubieran desentado. La misma con que se acortaba la barba no había cambia-